

Lo militar en el Nuevo Testamento

Discurso pronunciado por D. Francisco Ramos Oliver con motivo de su ingreso como Académico de Número en la Academia de las Ciencias y las Artes Militares el día 4 de octubre de 2023.

Excelentísimo Señor Presidente de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares, mi general, excelentísimas e ilustrísimas señoras y señores académicos, señoras y señores, compañeros y amigos todos.

Sean mis primeras palabras para expresar mi agradecimiento a la Junta Directiva de la Academia, por mi nombramiento como Académico de Número, lo cual constituye para mí un honor, pero también la asunción de una importante responsabilidad.

Igualmente, de manera muy destacada, quiero dar las gracias a los académicos de número que propusieron mi candidatura: el general Juan Bosco Valentín Gamazo de Cárdenas, el coronel Enrique Domínguez Martínez Campos y la profesora doctora Magdalena de Pazzis Pi y Corrales, así como el Capitán de Navío D. José María Blanco Núñez, al que agradezco muy sinceramente que haya aceptado dar contestación a mis palabras. Constituye todo un privilegio que alguien de su categoría, prestigio y trayectoria, militar e intelectual, haya accedido a ello.

Y gracias a todos ustedes, a los que tienen la amabilidad y la paciencia de acompañarme, a los que no han podido venir y a los que nos ven y escuchan por medios telemáticos.

En este discurso, vamos a fijar la mirada en una de las facetas que no, por sabida, deja de seguir abriendo expectativas de sentimientos, de reflexión seria y profunda: la del papel jugado en unos momentos cruciales recogidos en el Nuevo Testamento, por los hombres de armas, por los militares, por aquellos centuriones y soldados que fueron protagonistas activos, a veces sublimes, otras duros y crueles hasta el extremo, en el acontecimiento quizás más trascendental de la historia: el nacimiento de la religión y la civilización cristiana.

Empecemos por tratar de conocer quiénes eran aquellos militares.

Tras la conversión de Siria en provincia imperial por Augusto, pasó a ser regida por un legado o gobernador militar del orden senatorial y fueron acantonadas allí tres legiones que, a comienzos de la era cristiana, eran la III Gallica, la VI Ferrata y la X Fretensis, reforzadas poco después del año 6 por la llegada desde Egipto de la XII Fulminata.

Estas legiones se ocuparon de la consolidación de la presencia de Roma en el interior de la provincia y estaban acuarteladas en campamentos situados en el valle del Orontes y en las proximidades de Antioquía, capital de la Siria romana. Después se fueron desplazando hacia el Éufrates para controlar la frontera y los pasos del río frente a los partos. Probablemente, la III Gallica fuese la que permaneció en el interior.

Las fuerzas auxiliares eran unidades del ejército romano compuestas por soldados que no siempre eran ciudadanos romanos, como sí lo eran los componentes de las legiones, en apoyo de las cuales actuaban. Estas tropas proveían al ejército romano de la caballería y de arqueros, honderos, etc. y normalmente se estacionaban en provincias distintas a las de origen, con el fin de evitar que, si había una revuelta en la población, las tropas se unieran a ella, lo que obligaría a las legiones a combatir contra unas fuerzas con estructura y procedimientos similares a los suyos, perdiendo con ello su superioridad.

Estaban organizadas en cohortes de infantería, articuladas en centurias, y en alas de caballería, compuestas por turmas o escuadrones al mando de decuriones. Las fuerzas auxiliares estaban bajo el mando de prefectos, normalmente miembros del orden ecuestre, y se designaban por un número seguido generalmente por el nombre del lugar de reclutamiento en genitivo, al que podía seguir un título honorífico como *civium romanorum*, que concedía la ciudadanía romana a los componentes de la unidad.

Normalmente, las fuerzas auxiliares estaban asignadas a las legiones, de tal forma que los prefectos estaban subordinados a los legados o jefes de estas. Sin embargo, mantenían cierto grado de autonomía y podían emprender operaciones sin el concurso de ellas.

Judea, integrada por los territorios de Samaria, Judea e Idumea, era una provincia menor regida por un prefecto o procurador que estaba subordinado al gobernador de Siria. Por las especiales características sociales, religiosas y políticas de la región, Judea no tuvo guarnición legionaria permanente hasta el final de la Primera Guerra Judaica (66–70), momento en el que se establece en Jerusalén la X Fretensis. Hasta entonces, la guarnición del territorio corría a cargo de tropas

auxiliares y cuando la situación requería la presencia de las legiones, eran las de Siria las que intervenían.

Parece, por tanto, como más probable, que los centuriones y los soldados que aparecen en los evangelios perteneciesen a las fuerzas auxiliares romanas o a las fuerzas de Herodes Antipas, gobernador de Galilea bajo el protectorado romano. Con base principal en los *Hechos de los Apóstoles* y con todas las cautelas posibles, casi todos los autores coinciden en que en los tiempos de Jesús había en Judea un ala de caballería, la I Sebastenorum (de Sebaste o Augustea) y cuatro o cinco cohortes de infantería: la Prima Italica Civium Romanorum, la Secunda Italica Civium Romanorum, la Prima Augusta, quizás la I Sebastenorum y una quinta cuyo nombre se desconoce, como se desconoce a qué legión estaban asignadas, aunque bien pudiera ser a la III Gallica y, después, a la X Fretensis.

En total serían unos 4.000 hombres probablemente no judíos. Las unidades Sebastenorum parecen proceder de la guardia de Herodes el Grande (72-4 a.C.) y estarían integradas por samaritanos e, incluso, griegos y sirios, que sentían una gran animadversión hacia los judíos, dato importante para comprender su actuación en la pasión y muerte de Jesús.

Todo parece indicar que dos de estas cohortes estaban de guarnición en Jerusalén, acuarteladas en la Torre Antonia y, quizás, en el Palacio de Herodes; otra, en Cesarea Marítima, capital de la provincia, mientras que otras dos y el ala de caballería estarían desplegadas por el territorio. El prefecto o procurador ostentaba el mando de todas estas fuerzas. En la época que nos ocupa, ostentaron el cargo Coponio (6-8), Marco Ambíbulo (9-11), Annio Rufo (12-15), Valerio Grato (15-26) y Poncio Pilato (26-36), de los que no sabemos gran cosa, lo que para Flavio Josefo es prueba de que no ocurrió nada importante. Coponio sofocó el movimiento nacionalista de Judas el Galileo, que no tuvo mucha trascendencia; Grato depuso al Sumo Sacerdote Anás para sustituirlo por Caifás, al que mantiene Poncio Pilato, responsable de la muerte de Jesús en la cruz. El prefecto, o procurador, era un miembro del orden ecuestre, lo que le capacitaba para el gobierno de una provincia menor, como era Judea, y el mando de unidades auxiliares, como se ha visto anteriormente.

Los evangelios son los textos más antiguos de los que se dispone en los que se intenta hacer una descripción global de las circunstancias de la vida y muerte de Jesús de Nazaret, por lo que debemos centrarnos en ellos, pero sin pretender llegar al conocimiento exacto de lo que sucedió realmente, mediante un proceso mecánico de armonización de las versiones, diversas y a menudo contradictorias, que nos transmiten los citados textos. Los evangelistas no pretendieron dar una relación objetiva de acontecimientos concretos vistos a través del prisma de la historia, lo

que hicieron fue exponer el significado de la vida y muerte de Jesús a través del prisma de la religión.

La literatura, cualquiera que sea su carácter, no germina en el vacío. Las circunstancias históricas en las que vivían los cristianos, antes de que se escribieran los evangelios, fueron factores decisivos que influyeron de forma determinante en lo que acabó escribiéndose sobre la vida, pasión y muerte de Jesús.

Todos, en algún momento, habremos oído o leído que en los evangelios no hay una sola frase de condena hacia lo militar o los militares en general y ni tan siquiera hacia el ejército romano, en aquel entonces fuerza ocupante de la Palestina en la que Jesús desarrolló su vida terrenal.

Efectivamente, así es, pero no es menos cierto que la doctrina que se encierra en dichos textos sagrados no siempre se manifiesta de forma explícita o mediante frases pronunciadas por Jesús, por lo que se debe recurrir, en estos casos, a la hermenéutica. Y este que nos ocupa es uno de ellos, pues lo militar, entendido como la presencia de hombres de armas, aparece en el *Nuevo Testamento* desde muy pronto.

Si consideramos la posibilidad de la veracidad del hecho y de que Herodes Antipas tuviera una guardia personal, probablemente una cohorte, sin duda controlada por los romanos, será en el pasaje de la matanza de los inocentes (Mateo 2,16-18) donde por primera vez aparecen soldados en el Evangelio como instrumentos del mal.

Más adelante, estando Juan bautizando en el Jordán, se le acercan dos soldados a los que, a la pregunta que le formulan sobre qué deben hacer, les contesta que no intimidar ni hacer extorsión, no denunciar falsamente y contentarse con la paga (Lucas 3,14).

En aquel tiempo, eran los militares los encargados del apoyo a los recaudadores de tributos (Mateo, el primer evangelista, era uno de estos), de ahí la frase del Bautista, que no les discute su tarea, sus responsabilidades, ni mucho menos les reprocha su condición profesional ni su misión, ni les dice que abandonen su profesión ni les lanza invectiva alguna, solamente les exhorta a obrar rectamente en su cumplimiento. Dieciocho siglos más tarde, S.M. el rey Carlos III les decía a los militares en sus Reales Ordenanzas de 1.768: «Todo militar se manifestará siempre conforme con el sueldo que goza». Cabe hacerse la pregunta de si la contestación de Juan consiste en la formulación de una norma general de conducta, a modo de código moral, o, por el contrario, va dirigida a censurar de forma directa

una actuación habitual de los soldados con respecto a la población civil de los territorios ocupados.

Del contexto del pasaje evangélico relatado por Lucas (3,1-14) se puede deducir lo segundo, pero para corroborarlo es preciso recurrir al conocimiento de las actividades o costumbres de los soldados romanos. Los textos de historiadores romanos, como Flavio Josefo o Plutonio, o los códigos de Justiniano y de Teodosio vienen a confirmar que el trato de los soldados hacia la población civil se puede calificar como despótico.

Si seguimos el Evangelio de San Mateo (5,39-42) viene Jesús a desarrollar –desde el punto de vista de la caridad, del amor al prójimo, aunque sea nuestro enemigo, de la no violencia– las palabras del Bautista a los soldados. Y no es difícil entrever en sus palabras que son estos los sujetos agentes de los agravios. Significativa es la frase «a quien te fuerza a caminar una milla, acompáñalo dos», que, sin duda, se refiere a la potestad –la *angaria*, de donde deriva *angarillas*– que tenían los soldados romanos de obligar a los civiles a que los ayudaran a llevar la impedimenta durante una milla. Continúa el evangelista (5,43-45) poniendo en boca de Jesús las palabras: «Amad a vuestros enemigos y rezad por los que os persiguen, para ser hijos de vuestro Padre del cielo, que hace salir el sol sobre malos y buenos». Queda claro quiénes son «los malos».

Interesante, en este sentido, lo que podemos leer en (Mateo 5,5): «Bienaventurados los no violentos, porque esos van a heredar la tierra». ¿Está Jesús anunciando el triunfo de la no violencia sobre el dominio territorial por medio de la fuerza armada? ¿Es pacifista y contraria a lo militar, la doctrina que Jesús predica? Volveremos más adelante sobre estas cuestiones.

Significativo es el episodio del endemoniado de Gerasa, que nos relata el poco simpatizante con los romanos Marcos (5,1-13). Cuando Jesús le pregunta cómo se llama, responde «me llamo Legión, porque somos muchos». No le dice me llamo *multitud* o algo similar, le dice que se llama *Legión*, la unidad fundamental del ejército romano, término que aparece en los textos sagrados varias veces con el sentido de ‘muchos’, pero que en este episodio añade el matiz de que esos muchos son *espíritus inmundos* que invaden al fiero e indomeñable endemoniado, que ruegan a Jesús que no los *expulse de aquella región*, es decir, no solo de un cuerpo humano, sino de un territorio, pero que, si no, les permita meterse en una piara de unos dos mil cerdos, piara que entonces se arroja acantilado abajo al lago de Galilea y se ahoga. El endemoniado aparece después sentado, vestido y en su sano juicio.

Difícil es sustraerse a la sugestiva metáfora o parábola, en la que los espíritus inmundos, transmutados en cerdos, son la legión ocupante de un territorio que recupera la paz al desaparecer aquella.

Pero, algo más adelante, nos vamos a encontrar con un cambio en este discurso y es el conocido episodio de la curación del criado del centurión de Cafarnaúm (Mateo 8,5-13; Lucas 7,2-10) donde aparece la figura de un oficial del ejército romano, ejército de ocupación, jefe del destacamento de guarnición en la localidad fronteriza entre las tetrarquías de Antipas y Filipo, sobre la *via Maris* romana que unía Damasco con Cesarea Marítima, poblada por pescadores y publicanos que recaudaban los peajes del cruce de mercancías por la frontera y que podemos encuadrar entre «los buenos». Con tanta humildad como sencillez y concisión, al más puro estilo castrense, explica a Jesús su propia condición:

«“Porque yo, que soy un subordinado, tengo soldados a mis órdenes, y si le digo a uno que se vaya, se va; o a otro que venga, viene; y si le digo a mi siervo que haga algo, lo hace”. Oyéndole, –prosigue Lucas el relato– Jesús se quedó admirado de él y volviéndose a la gente que lo seguía, dijo: “Os digo que ni siquiera en Israel he hallado tanta fe”».

Pero centrémonos en cómo lo expresa Mateo:

«Al oír esto, Jesús dijo admirado a los que lo seguían: “Os aseguro que en ningún israelita he encontrado tanta fe. Os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente a sentarse a la mesa de Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de Dios”».

Ambos relatos coinciden en este sentimiento de admiración, única vez que aparece en los textos evangélicos. Y aquí aparece también el primer rasgo de lo más trascendente de la doctrina cristiana, su ecumenismo. La explícita extensión a los gentiles está ya plasmada en estas palabras de Jesús, admirado por la gran fe del primer no judío con quien se topa, un mando militar.

Este centurión, posiblemente de la cohorte de Herodes, ya que Cafarnaúm está en Galilea, es uno de los personajes más extraordinarios de los Evangelios: es el único militar que acude a Jesús, que le pide un milagro a distancia, que le cuenta una parábola y que tiene una fe tan grande que supera a cualquier judío de Israel, incluida, por tanto, la propia Virgen María. Pero es que, además, y esto no pasa de ser una conjetura, es el protagonista de la actitud de Jesús ante la homosexualidad.

El centurión, parece ser que llevaba tiempo destinado en Cafarnaúm, lo que le había permitido integrarse en la sociedad local, llegar a comprenderla y amarla, conocer sus necesidades o aspiraciones y procurar satisfacerlas. Por eso, en el relato de Lucas, los enviados del centurión le ruegan encarecidamente a Jesús que

le conceda lo que pide, la curación del ordenanza, y le dicen: «Merece que se lo concedas, porque quiere a nuestra nación y es él quien nos ha construido la sinagoga».

Salvando todas las distancias, que son muchas y muy profundas, cada vez que leo este pasaje no puedo evitar pensar en los interventores, en aquellos oficiales de nuestro ejército destinados en el Protectorado que, conocedores de las necesidades y aspiraciones de la población, promovieron la construcción de mezquitas, hospitales, escuelas y otras obras públicas, convirtiéndose, en cierto sentido, en herederos de aquel oficial romano destinado en un lugar de Galilea, sobre el que Roma ejercía una suerte de protectorado.

La Iglesia Católica reconoce la singularidad del personaje y cada día, en cada misa que se dice en todo el mundo, se repiten las palabras de un militar: «Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa, pero una palabra tuya bastará para salvarme».

Obsérvese que el centurión llama «Señor» a Jesús. Nadie lo había hecho hasta entonces, ni lo haría después hasta más tarde, casi al filo de la Pasión. Es el tratamiento apropiado que un militar otorga sin reparos a quien reconoce poseedor de una dignidad superior.

Y viene luego, formidable contraste, el papel de los soldados en el transcurso de la Pasión, en todos aquellos terribles momentos de los cuales fueron, como decíamos antes, en cuanto que protagonistas directos por mor de su propia condición, instrumentos de la voluntad divina para llegar al definitivo *consumatum est* redentor.

Seguimos ahora a Marcos (15,33-34):

«Llegado el mediodía hubo oscuridad sobre la tierra hasta la media tarde. Y a media tarde gritó Jesús con voz fuerte: “*Eloí, Eloí, lemá sabaktaní?*”. Que quiere decir: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”».

Y continúa (37-39):

«Jesús, lanzando un fuerte grito, expiró. Y el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo. Viendo el centurión, que estaba frente a Él, de qué manera expiraba, dijo: “Verdaderamente, este hombre era Hijo de Dios”».

Lucas corrobora el relato con otras palabras (23,44-47):

«Era ya eso de mediodía cuando se oscureció el sol y las tinieblas cubrieron toda la tierra hasta la media tarde. Y el velo del templo se rasgó por medio. Y Jesús dando una gran voz, dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”.

Y diciendo esto, expiró. Viéndolo, el centurión glorificó a Dios diciendo: “Verdaderamente, este hombre era inocente”».

Es así, de nuevo un militar, un odiado ocupante romano, un soldado que, con la eficacia y precisión de quien está acostumbrado a cumplir órdenes, que, en este caso, son terribles y le hacen partícipe en el suplicio, al modo romano, de la cruz, es el primero entre los extraños que reconoce en Jesús y allí mismo algo muy por encima de su humanidad. Y exclama, nada menos, que el crucificado por él mismo es el Hijo de Dios, el Justo, el Inocente; y ello a voces y valiéndose de un rotundo adverbio, *verdaderamente*, certeza de la que da testimonio en el mismo calvario al pie de la Cruz. Porque su profesionalidad, en este caso fría y tremenda, no está reñida con su pensamiento, con su propia percepción.

Y es que, ciertamente, es duro y tremendo el papel militar en la pasión y muerte de Jesús. Los cuatro evangelistas, por supuesto, lo relatan. Marcos pone especial énfasis (15,16-20) en la mofa de los soldados tras la flagelación, los golpes en la cabeza con la caña, los escupitajos, el *salve* burlesco. Juan es más conciso, pero su relato es igualmente tremendo. Tomemos el texto de San Juan (19,1-3):

«Tomó entonces Pilato a Jesús y mandó azotarlo. Y los soldados, tejiendo una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza. Le vistieron un manto de púrpura y acercándose a Él le decían: “¡Salve, rey de los judíos!”. Y le daban bofetadas».

Más adelante, tras conducirlo al Gólgota, prosigue el evangelista Juan (19,23-24):

«Los soldados, una vez que crucificaron a Jesús, tomaron sus vestidos haciendo cuatro partes, una para cada soldado, y la túnica. La túnica era sin costura, tejida toda desde arriba. Dijéronse, pues, unos a otros: “No la rasguemos, sino echemos suertes sobre ella para ver a quién le toca”. –Y añade Juan— Así se cumplió la escritura, recordando el texto, “dividiéronse mis vestidos y sobre mi túnica echaron suertes”. –Y apostilla nuestro evangelista— Es lo que hicieron los soldados».

Y, de nuevo, San Juan (19,32-36) sigue refiriéndose a ellos:

«Vinieron los soldados y rompieron las piernas al primero y al otro que estaba crucificado con él, pero llegando a Jesús, como le vieron ya muerto, no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó con su lanza el costado y al instante salió sangre y agua».

Así vemos, una vez más, a los soldados como instrumento principal en la pasión y muerte de Jesús, corroborando lo expuesto siglos antes en las Escrituras. Ciertamente, no fue pequeño el papel, duro y terrible en este caso, de los soldados en el acto sublime, trascendental para la fe cristiana, de la redención. Crueles y fríos en el quebranto de las piernas de dos de los crucificados, todavía con vida, al tercero, Jesús, se ahorran el trabajo por haber ya expirado; sin embargo, uno de ellos, tal vez en su fría eficacia y por asegurarse de esa muerte, es quien le clava la lanza en el costado.

Y surge aquí la historia del centurión Longinos, el de la lanzada por piedad, que no por crueldad, historia que no es evangélica, pero de tanta verosimilitud que la propia Iglesia Católica, desde la *Leyenda áurea* de Jacopo della Voragine, en el siglo XIII, basada en los *Evangelios Apócrifos* (*Acta Pilati XVI, 7* y *Carta de Pilato a Herodes*), la corrobora y lo considera santo.

Imposible saber la verdad al respecto, pero lo que sí es evidente es que, ni de labios de Jesús ni en los textos evangélicos, hay un solo calificativo al papel de los soldados en el sacrificio de Jesús. Tal vez porque fueron ellos los instrumentos con los que se hizo realidad la Redención por obra del mismo Hijo de Dios, que, como tal, de inmediato y antes que nadie, por un militar fue reconocido en el Calvario, al pie mismo de la Cruz, donde, sin duda alguna, ese rotundo *verdaderamente* hubo de ser escuchado por María, la Madre transida de dolor, y hasta es posible que la frase entera le sirviera de un primer consuelo.

Cabe preguntarse dónde estarían en esos instantes tremendos aquel centurión de Cafarnaúm con su siervo, su ordenanza en terminología militar de hoy, el que había sido curado por Jesús. Tal vez, como militar, estuviese ya destinado en algún lejano lugar. Roma era ya un formidable imperio y requería de sus hombres, de sus soldados, en muchas partes. O acaso siguiera en Cafarnaúm, sin tener noticia de lo que, al sur, en Jerusalén, estaban haciendo con Aquel de quien él había dado el primer testimonio de su dignidad de Señor. Pero, puestos a pensar, avancemos un poco en fechas, a los *Hechos de los Apóstoles*, capítulo 10 completo (1-48) y capítulo 11 (1-18), para encontrarnos con otro centurión del cual sí conocemos el nombre: Cornelio.

Porque, quizás, ambos compañeros se conocían, como nos conocemos ahora los militares, máxime del mismo empleo y destinados en la misma tierra. Cafarnaúm y Cesarea no estaban, precisamente, lejos una de la otra. O, tal vez, ¿no podríamos pensar por un momento que se tratase de la misma persona? Nunca lo sabremos, pero... en todo caso, se trataba de un varón justo, cabal, como había demostrado serlo aquel de Cafarnaúm, aquel ante quien Jesús se maravilló.

Era Cornelio, se nos cuenta en los *Hechos*, «[...] un centurión de la cohorte llamada Itálica, piadoso, temeroso de Dios con toda su casa, que hacía muchas limosnas al pueblo y oraba a Dios continuamente». Y, por su virtud, también merece la atención del mismo Dios, tanto que le envía un ángel. Y ante la aparición, sobrecogido, Cornelio exclama: «¿Qué quieres, Señor?» Véase una vez más, lo primero, el tratamiento, el mismo tratamiento, *Señor*, que le había dado el centurión de Cafarnaúm. Curiosa, cuando menos, coincidencia, pero nada extraña en militares.

Y el militar, el centurión Cornelio, será el instrumento a través del cual el propio apóstol Pedro y con él cuantos judíos –circuncisos– ya fieles de Cristo le seguían comenzaron a abrirse a la gentilidad, aceptándola, como Jesús había hecho, para iniciarse de una vez por todas en el entendimiento de un Dios universal, un Dios cuya voluntad hacia el ser humano rebasa por doquier los estrechísimos límites del mundo de los circuncidados.

Cuando se deterioraron las relaciones entre los predicadores apostólicos y sus compatriotas judíos, las nuevas doctrinas se propagaron al mundo de los gentiles. Los evangelistas, pues, como autores individuales que disponían de tradiciones comunales colectivas y que las utilizaban para exponer sus propias proposiciones literarias, se dirigían más a los no judíos que a los judíos y se dirigían, sobre todo, a los romanos. Además del propósito de convencer a los judíos de que Jesús era el Elegido de Dios que se esperaba desde antiguo, surge ahora el objetivo apologético de convencer a los funcionarios romanos, y entre ellos a los militares.

Y, como sabemos, será, sobre todo por medio de Saulo-Paulo, el gran Pablo de Tarso tras el camino de Damasco, como este deseo, que Jesús había expresado por vez primera ante un militar, el centurión de Cafarnaúm, será llevado a sus extremos y para siempre.

Presentes están los militares en esta empresa paulina, unas veces asumiendo cierto protagonismo, como en el episodio de la prisión de Pablo, en el que el tribuno de la cohorte de guarnición en la Torre Antonia, Claudio Lisias, de nuevo un mando militar, rescata a Pablo de una turba en Jerusalén y lo envía al gobernador Marco Antonio Félix con una carta, parte o informe diríamos ahora, al más puro estilo militar y una potente escolta de infantería y caballería al mando de dos centuriones. O en el episodio del traslado a Roma bajo la custodia del centurión Julio, de la cohorte Augusta, oficial *firme en el mando y graciable en lo que pudo*, que trató a Pablo con humanidad y le permitió desembarcar en Sidón para visitar y ser cuidado por sus amigos.

Momento altamente significativo es la implantación de la primera comunidad cristiana en Europa. El apóstol Pablo llega a Filipos, ciudad fundada por una colonia de soldados romanos veteranos. Una noche, estando Pablo y su discípulo Silas en

prisión, un terremoto produjo gran desconcierto. El soldado encargado de la guardia, en vez de huir o quitarse la vida, se planta ante los apóstoles diciendo: «Señores, ¿qué he de hacer para salvarme?» y Pablo lo evangelizó y lo bautizó con todos los de su casa.

Otras veces, serán conceptos y términos castrenses que Pablo utiliza con total naturalidad en su carta a los Efesios (6:11-17) al describir las armas de la milicia cristiana, alegorizando las de los soldados romanos, o en la segunda a Timoteo (2:3-4), en la que a su íntimo amigo le dice que «soporte los trabajos como buen soldado [...] [porque] ningún soldado en servicio activo se enreda en negocios de la vida», para que no lo obstaculicen en el cumplimiento de su deber.

Los militares fueron, pues, instrumento indispensable en el nacimiento y expansión de la religión cristiana, elemento central de la civilización occidental a la que pertenecemos, con sus valores de libertad, igualdad, derechos humanos y respeto a la mujer; una religión basada en una doctrina esencialmente pacífica.

Nos preguntábamos hace unos minutos si la doctrina que Jesús predica es pacifista y podemos añadir si también es antimilitar.

El Nuevo Testamento tiene un marcado talante pacifista. El amor al prójimo que impregna todo el relato evangélico se extiende, incluso, a los enemigos, renunciando a la violencia en las relaciones humanas y no duda en condenar toda violencia que altere o quiebre la paz, si bien no es menos cierto, que no tiene ningún pasaje en el que se defina claramente la paz, que para los romanos era la ausencia de conflicto conseguida por medio del poder del estado, ni hay una toma de posición expresa sobre la guerra, aunque, de forma implícita, censura o condena la conducta del ejército y de las unidades militares cuando no va dirigida a la consecución de la paz, si no a crear y mantener el conflicto invadiendo territorios y sojuzgando a la población, es decir, cuando no cumplen con su misión correctamente.

Pero nada se dice, de forma explícita, en contra de los hombres que sirven en el ejército por el mero hecho de ser militares, ni se prohíbe el servicio militar en parte alguna, llegando a referirse a la profesión de las armas como algo normal y legítimo. Los soldados son mencionados sin condenación y los centuriones lo son, frecuentemente y casi siempre, en un sentido noble. El Evangelio asume con naturalidad a los soldados en su propio ámbito espiritual, señal de que percibe en ellos valores positivos, y los hace protagonistas imprescindibles en el trascendental acontecimiento de la pasión y muerte de Jesús. Pero también les marca el camino a seguir en el ejercicio de su profesión.

En el siglo IV, el romano Flavio Vegecio, en el prefacio del libro III de su obra *De re militari*, dejó escrita la frase *Igitur qui desiderat pacem, praeparet bellum*, que ha sido

traducida por la, por todos conocida y tantas veces repetida, *si realmente quieres la paz, prepárate para la guerra*, es decir, los ejércitos como instrumentos de la paz mediante la disuasión.

Y en el siglo XXI, en el catecismo de la Iglesia Católica, se puede leer que:

«Los que se dedican al servicio de la patria en la vida militar son servidores de la seguridad y de la libertad de los pueblos. Si realizan correctamente su tarea, colaboran verdaderamente al bien común de la nación y al mantenimiento de la paz».

Pero es que ya Jesús muchos siglos antes, en el Sermón de la Montaña, quizás, quien sabe si pensando en los militares, había pronunciado estas palabras: «Bienaventurados los que procuran la paz, porque serán llamados hijos de Dios» (Mateo 5:9).

Nota: Las ideas y opiniones contenidas en este documento son de responsabilidad del autor, sin que reflejen, necesariamente, el pensamiento de la Academia de las Ciencias y las Artes Militares.

© Academia de las Ciencias y las Artes Militares - 2023